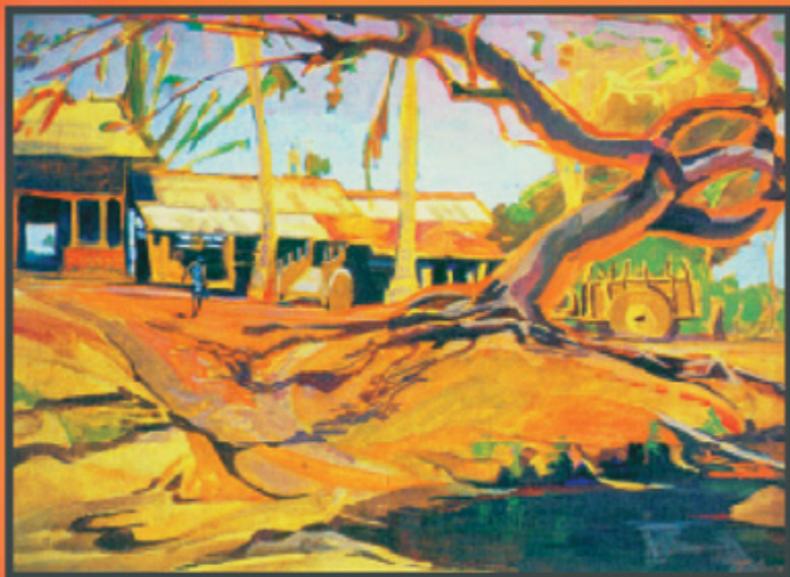


Jézer González Picado

ANTOLOGÍA DEL RELATO COSTARRICENSE

(1930 - 1970)



Serie Antológica


EDITORIAL
UCR

SELECCIÓN DE
JÉZER GONZÁLEZ

**ANTOLOGÍA DEL RELATO
COSTARRICENSE
(1930–1970)**



Serie Antológica

CR863.408

A634a Antología del relato costarricense (1930-1970) / selección de Jézer González. - Primera edición digital. - San José, Costa Rica: Editorial UCR, 2020.

1 recurso en línea (450 páginas): archivo de texto, PDF, 2.3 MB. – (Serie antológica)

ISBN 978-9968-46-867-1

1. CUENTOS COSTARRICENSES - COLECCIONES
- I. González Picado, Jézer, seleccionador. II. Serie.

CIP/3530

CC.SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica

Primera edición impresa: 2005

Primera edición digital (PDF): 2020

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Revisión filológica: *Alicia Carvajal B.* • Corrección de pruebas: *Ana Isabel Sáenz T.* • Diagramación: *Ligia Ramírez P.* • Diseño de portada: *Juan Carlos Fallas Z.* • Realización del PDF: *Alonso Prendas V.* • Control de calidad de la versión digital: *Alonso Prendas V.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de la obra o parte de ella, bajo cualquier forma o medio, así como el almacenamiento en bases de datos, sistemas de recuperación y repositorios, sin la autorización escrita del editor.

Edición digital de la Editorial Universidad de Costa Rica. Fecha de creación: mayo, 2020

Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion@editorial.ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

CONTENIDO

<i>INTRODUCCIÓN</i>	9
JOSÉ MARÍN CAÑAS (1904-1980)	
Rota la ternura	21
CARLOS SALAZAR HERRERA (1906-1980)	
El bongo	33
Un matoneado	36
La ventana	41
La dulzaina	43
CARLOS LUIS FALLAS (1909-1966)	
Barreteros	49
YOLANDA OREAMUNO (1916-1956)	
La lagartija de la panza blanca	85
FABIÁN DOBLES (1918-1997)	
Al fin se encontró a sí mismo	91
La rescoldera	98
El trueque	105
Mamita Maura	110
El jaspe	116
El cumpleaños	126
El matrimonio	129
La huelga	131
JOAQUÍN GUTIÉRREZ (1918)	
La hoja de aire	137
ALBERTO CAÑAS (1920)	
Crisantema	157

Consuelo en la fiesta	160
Cubillo	169
JULIETA PINTO (1922)	
Mal de ojo	178
JORGE MONTERO (1923-1995)	
Al paio	186
Costa y sierra	190
CARMEN NARANJO (1928)	
Ondina	199
CARLOS LUIS ARGÜELLO (1928)	
La tonta	209
RIMA ROTHE DE VALBONA (1931)	
El hondón de las sorpresas	215
Cosecha de pecadores	218
FRANCISCO ZÚÑIGA DÍAZ (1931-1997)	
La visita	239
La escoba	242
SAMUEL ROVINSKI (1932)	
El estanque de la soberbia	249
ABEL PACHECO (1933)	
Puede que fuera	262
Precaristas	264
Esquelitan	266
La ley	268
Sucurú	269
JOSÉ LEÓN SÁNCHEZ (1937)	
La cattleya negra	274

FERNANDO DURÁN AYANEGUI(1939)

Tres años en la universidad	284
El último que se duerma que apague la luz	289
No volvamos a San Sebastián	291
Diga que me vio aquí	296
Dos reales	301
Y yo jamás veré a Marsella	308
Revelación	316
Cuando desaparecieron los topos	318

MARIO GÄTGENS (1942)

Huellas entrelazadas	347
Antes del final	356

ALFONSO CHASE (1945)

Con la música por dentro	362
Mirar con inocencia	368
Fue que me corrompí	370
Fausto en Hatillo	375
Pola, Mimita y yo	381

NOTAS BIOGRÁFICAS 391**BIBLIOGRAFÍA ACTIVA 411****BIBLIOGRAFÍA PASIVA 431**

ROTA LA TERNURA

*Primer premio, Medalla de Oro
Certamen literario del
«Diario de Costa Rica»
1928*

En lo alto de la pedriza, sobre la cerrazón del cielo inmenso, mintió Miguel una talla en cobre. Tenía tal porte recio su indiana musculatura del Guarco, que resultaba de un metal absurdo. Estuvo un momento hecho en piedra, oteando las sombras que se apretujaban por la sima. Eran sombras ocrosas, prietas, demasiado negras. Percibía, únicamente, el ronco lamento del mar; un lamento monocorde, desesperante. Aquel sonar batióle toda su estatua morena, en un ramalazo de miedo. Luego, de la ladera que hosca y pina hasta él llegaba, subió la voz rota de su amigo: Ramón, el de Puriscal.

—¿No se ve nada, Miguelote?

—Nada. ¡No grités!

—¿Vos «cres» que nos han «ispiao»?

—¡Quién sabe! Estoy «tirando ceja» «pa» ver si atisbo a Sánchez, que hace guardia por aquí.

—Si nos ven, nos jo...

—«Calláte», no seas necio.

—¿Estará el mar muy «revolvido»?

—No se ve, viejo.

—¡Qué frío, «pa la p...»!

El viento preludeó una queja, y curváronse los árboles. La queja, una queja tenida, larga- silbó con tremor por toda la isla. Desde el pedriscal, Miguel alcanzaba a ver, por encima de la urdimbre selvosa de la hondonada, el caserío turbio del presidio. Por otro lado, hacia la sima, San Lucas no tenía ribazos; el acantilado era de costa brava y tajante sobre el vuelo que, como un fleco de falda, simulaba la espuma del mar.

—Aquí «jué», «¿verdá?»

—Sí. «Acordate» de esas piedras, «onde» estuvimos «volando espalda».

Ramón, para convercerse mejor, buscó a tientas, junto a un canchal filoso. Luego, tras de un rato de búsqueda, irguió su cuerpo triunfador.

—Ya ves, aquí «jué»; «mirá» la «chinga» del cabo Elizondo.

—¿Es «Liberty»?

—«Vela vos».

Hubo una pausa, en la que los dos presidiarios parecieron alejarse. La tranquilidad tozuda del nocturno les envolvía. El miedo, arrebujado tras de la llanada honda, pareciera que ahora trotaba por la ruta que siguieron ellos. Unos árboles retorcidos, —cimera bravía del peñón fronterizo—, comenzaron a crecer hasta el cielo. Toda la isla tornóse, como en una tau-maturgia negra, de un aspecto fantasmagórico. De la selva, tejida rudamente, llegaban ruidos extraños.

Los dos curvaron el cuerpo, aguzando el oído. Ramón se tiró al suelo para escuchar mejor.

—Miguelote, ¿y si nos sale el «cadejos»?

El miedo, ese miedo a la «Llorona», al «Cadejos», a las «Brujas», hizo a Ramón tartamudear. Miguelote sintió el espasmo.

—No lo «mentés». ¡Vos si que «sos» necio!

El aire, que se desleía por sobre los montes en rafagales aturbionados, trajo un claro sonar de cascajas.

—«Oí». ¿No será el «cadejos»?

Los dos sintieron que los cabellos se ponían de punta. Se apretaron las manos. Eran manos rudas, morenas, casi sin pelambre.

—¿Vamos?

—«Arreále».

Miguel miró al cielo.

—¿Qué horas serán?

—¡Quién sabe! —se encogía de hombros—. Deben ser como las tres. «Zafémonos» porque «ahorita no más» «cambean» los centinelas.

—«Acuantá» me pareció oír el «reló».

—No seas chanco. Lo que vos oíste «jué» el riel.

Callaron nuevamente. Volvió a mirar Miguelote al cielo. Fue una mirada dura, hincándola sobre la mansedumbre del novilunio. Luego, se

persignó.

—«Dios».

—«Dios».

Sobre la punta de sus pies descalzos libre el amplio tórax musculoso, un poco recogida la cerviz de indiano corte, tensos todos los músculos, Miguel dio el salto. Las sombras de la sima, —crosas y prietas— se tragarón la rúbrica que su cuerpo desdibujó en el aire. Atento el otro, estuvo un instante solo, de pie sobre la pedriza calva, hasta escuchar el bote del cuerpo en el agua. Luego, cerró Ramón los ojos, enarcó los brazos y repitió la comba sobre el vacío.

Ahora, desde el mar, veían la costa agria de San Lucas como una mancha que les cortara el ángulo hasta el cielo. Nadaban vigorosamente. Ramón se escurría con agilidad, saltando por sobre las olas que le abofeteaban el rostro, en escorzos, de todo su cuerpo magro, hecho a las pozas traidoras, y a las presas asesinas, Miguel era más tardo, pero era más recio.

Oyeron de improviso un tiro. El tiro se agrandó por los montes, rodando en la hondanada del mar, repitiendo el confín lejano. Luego, otro; después de un silencio, varios.

—¡Ay, hijos de...! —la palabra, gruesa y de lupana, le rebotó dentro del pecho.

—Nos tiraron, Miguelote. Ya vieron que nos «zafamos».

Miguel no le oyó. Estaban ahora separados por muchas brazadas. Sirvióles de conjuro el sonar de los disparos, para nadar con más coraje. Poco a poco, con esa irritante lentitud de la huida imposible, fuéronse alejando de la costa.

Las ancas del mar tornáronse más quietas, más cansinas; casi laxas. En cambio, la pesadez iba envolviendo a Miguel, el indio del Guarco. Era una sensación mansa de agotamiento, que le nublaba el vigor como si le amparase. Con toda la fuerza de sus pulmones llamó:

—¡Moncho! ¡Moncho!

Casi ni se oye él. Con dureza, una ola le batió la cara hasta hacerle tragar un buche de agua. El sabor amargo se le fue por la garganta, inundándole toda la boca, la nariz, hasta llegarle a los ojos en un escozor horrible.

Se sintió solo y tuvo miedo. Comenzaban a pesarle las manos, los brazos, hasta por las piernas sentía el avance de una trabazón poderosa. Un

chapoteo cercano le hizo ponerse en guardia.

Eran los brazos escurridizos de Ramón.

—¿Estás «cansao»?

—¡Mucho!

—¡No seas pendejo!

—No, viejo; es que yo no nado muy bien.

—Dale duro, que si aguantamos, no nos agarran.

—¿Vos «cres» que llegaremos a la costa?

—Si no «sos» tan mamita.

—¿Faltará mucho?

—Estamos al «prencipio».

No siguió Ramón. Fue un escorzo rápido sobre la ola para hundirse. Miguel no comprendía. Estuvo un momento perplejo, sin acertar. Cuando emergió nuevamente la cabeza del puriscaleño, tenía una contracción de terror.

—¡Miguelote, un tiburón!

—«¿Onde?»

—Aquí, ¡nos ha «tira»! Me...

No pudo seguir. Dio un grito ronco, duro, tremendamente desgarrador. Salíó el alarido de sus bronquios, como si fuera un flechazo chato. El terror hizo a Miguel encogerse súbitamente.

—¡Moncho! ¡Moncho!, ¿qué «jué»?

La pregunta, loca de terror, quedó rota en los suspensivos. Aún resonaba en la lejanía y sobre la nuca de Miguel el grito del otro.

Entre las sombras adivinó su cuerpo —que fue de leves contorsiones sobre el lomo de las olas— roto y laxo. Abandonada la cabeza entre los poderosos biceps, hundida la cara, todo el cuerpo pesado y flexuoso, se fue hundiendo poco a poco. Trató Miguel de sujetarlo por los pelos, pero se le escurría hacia abajo. Un golpe de agua le dio la horrible verdad. El agua sabía a sangre.

—¡Se lo «jartó» el tiburón!

Tuvo entonces terror. Fue un terror durísimo. El terror de querer huir; el terror de no poder huir. Sobre su mismo pánico que le agarrotaba las mandíbulas, entorpeciéndole los brazos, sintió el esfuerzo sobrehumano de sus últimas fuerzas agotadas. Ahora, en la crispación, luchaba con más rudeza. Allí cerca rondaba la muerte. La esperaba de un momento a

otro. Saldría para matarlo a él también. ¡Era inútil! Pensó en su «chacalín». El pensar, lejano y difuso, dióle fuerzas. Los músculos, ante el acicate, se irguiéron jarifos. Luego, tras de un rato de brega, volvió a caer en un abandono de inercia. Desalentado, dormidos los brazos poderosos de gañán, tundido el cuerpo por la lucha, roto el espíritu de terror, se abandonó al vaivén de las olas. Un ramalazo de recuerdo le vino a acibarar más la boca. Ya los brazos no le servían de nada. Las piernas estaban rígidas. Por todo el cuerpo, la pesadez avanzaba lenta, pero atroz.

—¡Mi «chacalín»! —volvió a pensar.

Al pensar en su hijo, una ternura honda le subió del pecho.

—¡Más «grandote» que estará el «confisgao»!

Pensando en su hijo le parecía mentira que la muerte anduviera tan cerca. Era absurdo creer la negación de su deseo de padre. Encontrar el fin, antes de llegar a la meta. La mente de Miguel, primitiva y cenceña, razonaba magramente.

¡Debía de estar «grandote»! Toda su ternura, sin adornos ni alifafes, sencilla, tosca, de músculo campesino, cifraba la meta en el hijo lejano. Buscándole iba. Cuando a él, a Miguelote, lo trajeron a San Lucas, tenía el niño once meses. Fue en tiempos de don Chico Aguilar. Recordaba claramente que entonces comenzábale la tos ferina. Ya hacía nueve años desde la última vez que lo vio. Fue precisamente la noche antes de matar al hijo de don Sebastián. Iban a traer al «güila» a Cartago, para que lo viera el médico. No lo trajeron porque Miguel mató al hijo de don Sebastián.

La escena no se le borraría nunca. Sobre todo, por encima de todo, estaba el gesto de terror de don Luis, cuando en el aire, cimbró elástico, bajo su poderoso brazo de indio del Guarco, el machete filoso y escurridizo. Fue en aquel mismo corralón que había mandado techar don Sebastián sobre cuatro horcones retorcidos y polvosos. Fue entre el barrial que formaron las aguas tozudas y las pezuñas anchas de unas vacas lecheras. Bajo el corralón de fuerte olor a boñiga y a «paca». Lo mató de un solo machetazo. Por algo tenía fama, cuando mozo, por toda la contornada de Cartago, Agua Caliente, San Rafael, de sacarle «plumas» a los «chúcaros», «suertes» a las reses bravas, de «enganchar» a las mozas de los pueblos cercanos. Cuando les encontró en la misma oscuridad abrazados, un rafagal de odio le hizo cimbrar todo su cuerpo poderoso. Fue como si agitasen una ballesta tensa. Estaban apretujados uno contra el otro. Él, casi no les

veía la cara, pero los presintió con las entrañas. A don Luis al hijo del patrón, —coloradote, sano, robusto, elegante, con ojos azules— lo mató de un tajo. A ella, a la «hija de p...», a «Miquela», su esposa, no la mató. Faltó brío en el puño, empuje en el pecho, músculo y coraje en el brazo.

—¡«Grandote» debe estar el «confisgao»! —volvió a pensar.

Luego, de cara a la noche, miró hacia arriba, donde la tranquilidad se hacía sonora, amplia, robustamente diáfana.

—¿Se parecerá a su «tata». ¿Será igual a «yo»?

Le hormigueaban las manos, los brazos, hasta las piernas. Un golpe seco tamborileó dentro de su cabeza achatada. Estaba aturdido; roto todo él. Todo su empuje, todo su vigor de sangre «cartaga». Una ola le golpeó hacia el cielo. Luego no sintió nada...

El pegujal, desde el risco cimero que remataba un lomazo bajo, se extendía a sus pies. Él veía el pegujal verdoso, con su color de ópalo mañanero, dividido por los bajos tapiales en negro. A su vera, majestuoso y solemne, un mango erguía la prestancia de un tronco grave, bajo la urdimbre de bejucos, liana, de yedras ocrosas. El día veranero, estaba limpio hasta la lejanía. La reciedumbre azul del dombo, en aquella próxima hora de la anochecida, ennoblecía el matiz del agro. Solamente muy arriba, casi donde no alcanzaba la vista, rayaba en negro, tintando lejanamente la seda del cielo, la elegancia rítmica de un zopilote.

Miguel se tendió sobre la grama del otero para dar reposo a su cuerpo fatigado. Tenía los pies rotos, manchado de sangre el pantalón de dril burdo, rasgada la pobreza de su camisa de estameña ruda. El pelo rebelde, corriéndosele por la cara, hispido de sudor y polvo, dábale un fuerte aspecto de animalidad prehistórica. La marcha a través del monte, de la hondonada, del pedregal; bajo los calores asfixiantes del trópico, sobre los filosos riscos costeros, pareciale un milagro. Fue escurriendo el secreto de su delito por las rendijas que dejaban el acoso de la policía, los jefes políticos en los pueblos remotos, la curiosidad malsana en las aldeas de ranchos raquíuticos. Como un perro cercado, flaco de todo reposo, falto de tranquilidad, trotó desde la costa hasta Cartago. De allí —mirando de lejos, ¡siempre!, las agu-

jas de la iglesia lejana—, siguió trotando sin parar, ayuno de descanso, sin darse tregua ni reposo, para venir a aquella hondonada en el remanso grandioso del Guarco. Ahora parecía mentira otear los campos de labrantíos, las ringlas verdes de los bananos, las manchas blancas de los cafetos florecidos, las sementeras de hortalizas, que los pegujaleros cuidaban con el amor curvo de sus cuerpos sudorosos bajo la lluvia brava y el sol jade...

Cuando cayó la noche y nació una luna pitañosa, Miguel se acercó a la «tranquera». Todo estaba igual en la finca. El mismo corralón, bajo y patizambo como un hórreo. El mismo enjalbegamiento que lo denotaba sobre el color del terrazgo.

Al saltar el vallado que lo hicieron de pedriza, Miguelote tuvo miedo. Recordó a Marcos —el menor de los Molina— su tozudo perseguidor. Tuvo miedo ahora, cuando de su hijo no le separaban más de dos zancadas. Fue el miedo de que le cogiesen sin llegar a verlo; sin mirarle un «güen poco de rato», después de todo el ayuno de su vida dura en el presidio.

—¿Estará «Miquela» despierta?

—¡Mi «güila»! ¡Mi «chacalín»!

La misma ternura de siempre le hacía vibrar. Fue Celestina el claror de la luna. Cuando empinó el busto por la ventana exigua pudo ver que dormían. Fuera, hacia el campo, el silencio agrandábase, apenas rayado por algún grillo metálico. Podía percibir la lenta respiración de ambos. En la tijereta fronteriza, bajo la cobija colorada, estaba «Miquela». No sintió odio. Contra sus temores, el alma permanecía mansa, inundada de ternura. En la más cercana, bajo aquel mismo agujero que servía de claramoya o «linternilla» estaba él, Miguelote extendió el cuello para mirarle mejor.

—¡Su hijo! —pensó— ¡«Pa la p..., y qué grandote»! ¡Qué «grandote»!

Toda su emoción dolorosa de años, reconcentrábase en mascar aquellas palabras zafias, gruesas, que al pobre le parecían más dulces que la «Salve». A la vista del chiquillo, tuvo que morderse los puños para no gritar; para no estrujarlo contra su pecho duro y musculoso. Era «grandote», fuerte, de corte indio, recio de tendones. Tenía el bello gordo, la cara sucia, el mentón ancho. Miguelote lo contemplaba a oscuras, radiante de júbilo, tremándole todo el cuerpo en una alegría feroz. Quiso, aún, verlo mejor, y estiró el pescuezo que estriaba las venas gordas. Fijo en el sueño reposado del gañán, embobado en él, gozaba de una honda ternura que la hacía esco- cer el pecho. Fue entonces cuando el muchachote dio un soplido, se restre-

gó los ojos, los abrió un poco, volviendo a caer pesadamente en su sueño de ronquidos graves. Fue entonces cuando la sospecha brutal le abofeteó el corazón al padre.

Había visto instantáneo, más rápido que el dolor macerante de la carne, el gesto del otro. ¿Cómo adivinó en la penumbra del cuarto aquellos mismos ojos del muerto? Ni la razón más escueta y fría pudiera descifrarlo. No los vio; los sintió. Eran los mismos ojos azules, claros, desteñidos. El mismo gesto que recordaba bajo el cimbre elástico del machete, cuando la crispación atroz. La idea, certera y aguda, le horadó el cerebro. Sin embargo, no podía ser. Quiso mirarle más hondamente en busca de él mismo. ¿Se parecerá a su «tata»? ¿Será igual a «yo»?

Tuvo que reconocer, dolorosamente, que su «chacalín» no era de él. Ahora caía en muchos detalles que antes no percibió.

El suelo de madera, la cobija de lana, el chaquetón nuevo y domingue-ro. Encima del lecho del chico, había un retrato con ancho marco. Miguelote no quiso mirarlo. El golpe le había atolondrado. Para el pobre no fue un razonamiento frío, despacioso, a la postre estéril. Fue una idea magra, clavada allí dentro hasta siempre. ...Entonces Miguelote sintió ganas de llorar; eran también unas ganas difusas de matar. Pero ni Miguelote lloró ni Miguelote mató. El miedo acre, poderoso; el dolor hondo, desgarrado, le enmudecieron los ojos, agarrotándole sus brazos. Quedó fijo en aquella actitud de cariátide india, de bajo-relieve deforme. Así lo hubiera sorprendido el alba. Estaba idiotizado. Tras de él, percibía pasos confusamente; eran voces veladas, ocultas por los árboles de la ladera pina. En la violenta actitud de su cuello tirante hacia atrás, olió de golpe con su olfato de perro campesino. Presentía a Marcos, el cabo, su tozudo seguidor. Y por entre los horcones, a campo traviesa, a duros pasos que iban manchando la grama con la tibia rojez de sus pies destrozados, huyó en violenta carrera.

Huía sin mirar atrás, recto y seguro, como conocedor del peligro. Ampliando el pecho, aventadas las narices, tensos todos los músculos, agarrotadas las manos gruesas y burdas. Era una carrera al través de los barrancos, por sobre las canteras filosas y duras. En el impulso ávido de escapar, las fuerzas centuplicábanse. En el duro trote por el descampado del potrero, los árboles se empequeñecían a su lado. Fue algo estupendo que solamente vio la noche y el viento que le azotaba su cabellera rebelde...

Y de pronto, en medio de la tensión, junto al esfuerzo de la loca

carrera, se preguntó para que huía, hacia dónde huía, y por qué huía. ¿Qué le esperaba después de aquello? ¡Todo inútil!

La amargura de siempre, la amargura del corralón, de la sangre de Moncho, de su cuerpo tendido por las ramas en la marcha fatigosa, de su hijo perdido, le subió a la cabeza, mareándole.

Hueca la vida, rota la esperanza, destrozada su ternura, ¿«pa» qué seguir «juyendo»?

Detuvo la carrera en seco. Sobre un tajo rojizo que descansaba en el camino vecinal y enlodado, abiertas las piernas, bombo el pecho bajo el jadear, perlada de sudor la frente breve y sinuosa volvió a tallar su estatura de discóbolo moreno.

—¿«Pa qué seguir»?

Buscó una piedra baja y deforme —era una piedra negra— y se sentó a esperar.

Por la comba del potrero, una comba purísima, asomaron en veloz carrera sus perseguidores. Enclavado a él mismo, sujeto a su desesperanza, ni siquiera levantó la cabeza.

Llegaban todos radiantes de triunfo hasta él...

En la lejanía, cantó pujante un gallo trompetero.

En: *Los bigardos del ron*.
Editorial Costa Rica.
San José, C.R., 1978;
pp. 44-53.

JÉZER GONZÁLEZ PICADO

Nació el día 14 de julio del año 1930 en Grecia, Alajuela.

Estudió en la Universidad de Costa Rica, donde obtuvo la licenciatura en Filología. Obtuvo su doctorado en Francia en la misma especialidad.

También obtuvo una maestría en literatura en Chicago, E.E.UU.

De regreso al país, se dedicó a la enseñanza en la Universidad de Costa Rica. Impartió los cursos iniciales de gramática y de literatura hispanoamericana.

Murió el día 23 de agosto del año 2005.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

